



El 26 de Diciembre de 2004, un violento terremoto en el Océano Índico, frente a la costa Occidental del norte de Sumatra (de magnitud 9 en una escala de 12), provocó varios Tsunamis (maremotos u olas gigantes) que cobraron más de 200,000 vidas. Fue el desastre natural más mortífero del último cuarto de siglo. Pero, por terrible que fuera, no fue más que una pequeña onda expansiva en comparación con algunos terremotos registrados en la historia.

En 1556, un terremoto en China causó la muerte de 830,000 personas. En India, un terremoto en 1737 mató a 300,000 personas. Hace casi treinta años (1976), un terremoto masivo en China destruyó 655,000 vidas.

El terremoto de Sumatra, que los científicos midieron con instrumentos modernos, fue tan potente que se cree que desplazó algunas islas unos 15 metros. Además, los sismólogos creen que provocó que la Tierra oscilara sobre su eje, acelerando la velocidad de rotación y, por lo tanto, acortando la duración de nuestro día en fracciones de segundo — lo cual es notable

teniendo en cuenta la precisión de los movimientos del planeta.

Especulaciones Infundadas

Lamentablemente, algunos especuladores religiosos histéricos ya están emitiendo juicios sobre el significado espiritual de este evento.

Los premilenaristas dispensacionalistas afirman que esto no es más que otra señal del inminente fin de los tiempos. Citan Mateo 24:7b como prueba, omitiendo mencionar que esta profecía se refería a la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. C. (cf. 24:34).

Los cuarenta años transcurridos entre la muerte de Cristo y el conflicto Romano estuvieron marcados repetidamente por terremotos en la región mediterránea del antiguo Cercano Oriente, como lo registraron Josefo, Tácito y Séneca.

El renombrado erudito británico E.H. Plumptre observó: “Quizás ningún período en la historia del mundo haya estado tan marcado por

estas convulsiones como el que se sitúa entre la Crucifixión y la destrucción de Jerusalén” (*The Gospel According Matthew*, Comentario de Ellicott sobre toda la Biblia, C. J. Ellicott, ed., Grand Rapids: Zondervan, 1959, Vol. VI, pág. 148).

Siempre hay quienes afirman que cualquier desastre es, sin duda, un juicio divino sobre un pueblo malvado. Si bien es cierto que en tiempos bíblicos el Señor a veces recurría a desastres traumáticos para castigar a los rebeldes (véase Núm. 16:30-31), también es cierto que los terremotos en ocasiones tenían un propósito benévolo (véase Job 1; Mat. 27:51; 28:2; Hech. 16:26), y *nadie* hoy en día puede afirmar cuándo Dios está o no está, castigando a un pueblo en particular con una devastación geofísica.

Es una generalización injustificada suponer que *cada* desastre terrenal tiene un propósito punitivo específico, aunque sin duda — cualquiera de ellas podría tenerlo. Recordemos: “sus caminos” son “inescrutables” (Rom. 11:33).

Finalmente, está la persona confundida que intenta usar desastres de este tipo como un argumento contra la existencia de un Dios benevolente. Si Dios vela por nosotros y es capaz de controlar la naturaleza, ¿Por qué ocurren estos eventos devastadores?

El objetivo principal de este artículo, por lo tanto, será abordar esta inquietud. ¿Por qué ocurren los terremotos? ¿Existe alguna razón por la que no sean incompatibles con el plan benevolente del Cielo para la humanidad?

Primero, podemos preguntarnos: ¿Qué provoca exactamente un terremoto? Esta es una pregunta intrigante que puede abordarse desde dos perspectivas — la inmediata y la remota.

Causas Inmediatas

Existen dos categorías generales de terremotos: volcánicos y tectónicos. Los primeros son sismos generados por la actividad volcánica bajo la superficie terrestre. Los segundos son el

resultado del movimiento de las placas de la corteza terrestre.

Los Geólogos no están seguros de cuáles son las causas específicas que desencadenan los terremotos. Existen cuatro teorías comunes.

Una de ellas sugiere que existen continentes, cuencas oceánicas, montañas y llanuras en estado de equilibrio. Por lo tanto, estas masas mantienen su equilibrio mediante ajustes graduales. Otra idea es que la Tierra se está enfriando y, por lo tanto, se está contrayendo. A medida que se contrae, ocurren terremotos. Una tercera teoría especula que se produce una corriente de convección en el interior del núcleo terrestre, de modo que las partes más cálidas y ligeras ascienden, mientras que las regiones más frías y pesadas descienden. Se cree que estas variables inician los terremotos.

Finalmente, algunos científicos argumentan que los continentes se están separando gradualmente como resultado de una fragmentación original de un solo continente. Se cree que este movimiento causa perturbaciones en el interior de la Tierra.

Algunas de estas teorías se basan en presuposiciones uniformistas (es decir, evolutivas) (“el presente es la clave del pasado”). Por lo tanto, en ese sentido, son obviamente incorrectas.

La Causa Catastrófica

Para el estudiante de la Biblia, la pregunta más importante es: ¿Existe acaso una causa antigua que haya creado las condiciones que propician los numerosos terremotos que ocurren diariamente en todo el mundo? Cabe mencionar que anualmente se producen unos 50,000 terremotos lo suficientemente significativos como para ser percibidos sin necesidad de instrumentos. Alrededor de 100 son lo suficientemente potentes como para causar una gran destrucción.

Los terremotos se miden en una escala del 1 al 12. Los primeros cinco grados suelen causar pocos daños; a partir del 6, los terremotos se vuelven más violentos — el yeso se agrieta, las chimeneas se derrumban y el suelo se abre en grietas. Si un terremoto alcanza el grado 12, la devastación es de gran alcance.

¿Pero podría haber una causa “histórica” que haya transformado de tal manera las características de la Tierra que nuestro planeta aún sufre las consecuencias? Muchos investigadores consideran que esta idea es totalmente plausible.

El Entorno Alterado de la Tierra

Lo que sí se sabe con certeza es que ha ocurrido un cambio drástico en el entorno de la Tierra antigua en comparación con el actual. El registro fósil revela que la Tierra primitiva prosperó en una atmósfera templada, casi paradisíaca, muy distinta a las duras condiciones climáticas que prevalecen en el mundo moderno.

Alfred R. Wallace, quien, de hecho, se adelantó a Charles Darwin en la formulación de la teoría moderna de la evolución, escribió lo siguiente:

“Solo existía un clima conocido en el mundo fósil antiguo, revelado por las plantas y los animales sepultados en las rocas, y ese clima era un manto de belleza primaveral que parece haber prevalecido continuamente en todo el planeta. Cómo pudo haberse calentado el mundo en su totalidad es una cuestión de conjetura; que se calentó de manera efectiva y continua es un hecho” (*The Geographical Distribution of Animals*, New York: Harper Bros., 1876, Vol. I, p. 277).

El Dr. Robert Jastrow, un científico moderno considerado como “el mejor divulgador científico” de esta generación y ferviente evolucionista, coincide en este punto al intentar explicar la extinción de los dinosaurios.

“Pero hace setenta y cinco millones de años, el mundo comenzó a cambiar. Este fue el desafío

que los inflexibles dinosaurios no pudieron superar. Sorprendentemente, las fuerzas de cambio que llevaron a su destrucción no se originaron en la superficie de la Tierra, sino en sus profundidades”.

Jastrow continúa afirmando que la Tierra: “comenzó a agitarse, y grandes masas de roca fundida ascendieron a la superficie. Los volcanes entraron en erupción en repetidos levantamientos de la corteza terrestre... Los incesantes movimientos de la Tierra continuaron. Los continentes se separaron y se crearon nuevas montañas; los Alpes y las Montañas Rocosas se encontraban entre las grandes cordilleras que se formaron en aquella época. El empuje ascendente de enormes masas rocosas, a su vez, alteró el flujo de las corrientes de aire alrededor del planeta, lo que provocó un mayor deterioro del clima” (*Until the Sun Dies*, New York: Warner Books, Inc., 1977, p. 71).

La pregunta que nos ocupa, entonces, es la siguiente: ¿Qué precipitó estas explosiones subterráneas que separaron ciertas masas de tierra, elevaron montañas, etc.? Los Geólogos modernos no tienen ni idea. Un científico escribió: “La causa de la deformación de las capas exteriores de la Tierra y la consiguiente formación de montañas aún escapa a toda explicación” (A.J. Eardley, “*The Cause of Mountain Building – An Enigma*.” *American Scientist*, Junio de 1957, p. 189).

El Diluvio Bíblico

Quienes tienen conocimiento y respetan la integridad de las Sagradas Escrituras saben que hace muchos siglos hubo un diluvio catastrófico, enviado por Dios como consecuencia de la maldad de la humanidad (Gén. 6:5-8). Este diluvio cubrió todo el planeta (Gén. 7:19,21) y fue absolutamente devastador, aniquilando a casi toda la humanidad (Gén. 7:1; cf. 1 Ped. 3:20).

No hubo ni ha habido nada comparable antes ni después, ni lo habrá jamás — hasta que la tierra misma sea destruida en el momento del regreso

de Cristo (2 Ped. 3:5-7). El relato Bíblico de las fuerzas que precipitaron el diluvio es conciso y poderoso.

“En año seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes, a los diecisiete del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del gran abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas, y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches” (Gén. 7:11-12). Varios términos de este texto merecen un análisis más detallado: “abismo”, “fuentes” y “rotas”.

Abismo

La palabra “abismo” (*tehom*) se refiere a la totalidad del agua que constituía los grandes mares del planeta, después de que se separaran de las aguas “debajo de la expansión” (Gén. 1:7; cf. 1:2; Salmo 104:6). Moisés describió los acontecimientos iniciales del tercer día de la semana de la creación de la siguiente manera: “Y dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un solo lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así” (Gén. 1:9).

A pesar de que las aguas de la tierra compartían un lecho común, debido a su distribución relativa, se las denominaba “mares” (en plural, v. 10). Un mapa mundial revela esta disposición, incluso en la situación de las aguas después del diluvio — que sin duda difiere de las circunstancias anteriores del diluvio.

Fuentes

El término *ma'yan*, traducido como “fuentes”, indica un depósito de agua dulce (cf. 8:2); la palabra Hebrea se usa en los Salmos como símbolo del poder de Jehová (cf. Salmo 74:15; 104:10; 114:8). Otra palabra, *'ayin*, también se emplea para referirse a las fuentes subterráneas que Dios creó (Prov. 8:28) y sobre las cuales ejerce soberanía (Willem VanGemeren, et al., *Dictionary of Old Testament Theology & Exegesis*, Grand Rapids: Zondervan, 1997, Vol. 2, pp. 1018-1019).

Consideremos la pregunta de Jehová a Job, al desafiar las críticas del patriarca a su Creador:

“¿Has entrado tú hasta las fuentes del mar Y has andado escudriñando el abismo?” (Job 38:16). Incluso hoy en día, existen manantiales de agua dulce bajo el lecho marino en muchas partes del mundo, por ejemplo, Grecia, Italia, Australia, las Islas del Pacífico Sur, a lo largo de la plataforma continental del Atlántico, etc. Casi con toda seguridad, eran mucho más numerosos en el mundo antediluviano.

Moisés escribe que todas las fuentes fueron “separadas” (*bq'*). La palabra original tiene diversas aplicaciones en el Antiguo Testamento. Puede significar “partir”, “abrir, desgarrar”, “romper”, “estallar”, etc. El término se asocia frecuentemente con acciones *violentas*. Se aplica al desgarramiento del vientre de una mujer embarazada (Amós 1:13). Describe la acción de la osa que “desgarró” a los jóvenes rebeldes que se burlaban del profeta Eliseo (2 Rey. 2:24), o la “ruptura” de una posición defensiva militar Filisteo (2 Sam. 23:16).

En Génesis 7:11, los fondos marinos fueron, por mandato divino, “partidos para desatar el caos sobre una tierra corrupta, y las aguas [fueron] el instrumento de Yahvé” (VanGemeren, et al., Vol. 1, p. 703).

Además, nótese el término “todas” — todas las fuentes de las profundidades entraron en erupción. Debieron producirse cientos de violentos terremotos y convulsiones subterráneas aquel día, cuando las fuentes submarinas brotaron con furia en un juicio orquestado. El estudiante moderno no puede ni imaginar la fuerza que siguió ni la devastación que causó en el seno de la madre Tierra. ¡Y el Dr. Jastrow se pregunta qué provocó que los Alpes y las Montañas Rocosas alcanzaran su altura actual!

El profesor Victor Hamilton ha señalado que estos fenómenos subacuáticos producirían un “enorme maremoto provocado por la erupción de las aguas oceánicas”, lo que, junto con los cuarenta días y noches de “lluvias torrenciales”, provocaría una reorganización catastrófica de la

superficie del planeta (*The Book of Genesis* — Capítulos 1-17, Grand Rapids: Eerdmans, 1990, p. 291).

Si el terremoto de 2004 en el Océano Índico causó que la Tierra “oscilara” y que los cuerpos de tierra se movieran, ¿Qué cree que ocurrió cuando múltiples terremotos profundos, en todas partes del planeta, estallaron en un concierto sincronizado de devastación?

Un autor ha señalado que en algunos mapas muy antiguos, llamados mapas de los antiguos reyes del mar, “la Antártida aparece mucho más cerca de Australia de lo que está ahora. El mapa de Arontius Pineos muestra una separación de 16 grados entre Australia y la Antártida, mientras que actualmente la separación es de unos 25 grados” (Paul Steidl, *The Earth, The Stars and The Bible*, Phillipsburg, NJ: Presbyterian & Reformed, 1979, p. 27).

Evidentemente, las características de la Tierra, tras el Diluvio, se habrían modificado considerablemente. El terreno posterior al Diluvio —con montañas que se elevan, gargantas excavadas y desiertos formados, etc.— obviamente habría creado condiciones menos que ideales, dando lugar a un nuevo entorno que ahora propicia la frecuente aparición de terremotos, erupciones volcánicas, la formación de huracanes, etc.

Conclusión

En vista del reciente desastre de Sumatra, algunos se preguntan, como se mencionó anteriormente: “¿Por qué permite Dios que ocurran estas horribles catástrofes? ¿Por qué no las previene, o las desvía de donde hay personas, o las desactiva una vez que comienzan?” Estas preguntas son sin duda sinceras, pero no toman en consideración todos los hechos.

Uno podría preguntarse: “¿Por qué Dios permite que la gente muera?”. La verdad es que mueren todos los días. Según las últimas estadísticas, 153,000 personas mueren diariamente en todo el mundo. Eso equivale a

casi 56 millones al año. Pero sabemos por qué nos visita la muerte. “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un solo hombre [Adán], y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12). La muerte es un designio divino (Heb. 9:27) como castigo por la responsabilidad colectiva de la humanidad al rebelarse contra el Creador (cf. Gén. 2:17).

De mismo modo, las deplorables condiciones del mundo actual, resultado de la rebelión de nuestros antepasados contra Dios, son el precio que hemos tenido que pagar por el pecado humano, ya que la humanidad perpetúa con un legado de corrupción moral característica de nuestros ancestros (Gén. 6:5, 11; cf. Rom. 8:20-22; 2 Ped. 3:5-7).

Sin maldad, no haría Diluvio

Sin Diluvio, no habría cambios en el medio ambiente terrestre.

Sin los cambios en el medio ambiente terrestre, no habría desastres geológicos.

Por lo tanto, sin maldad, no habría desastres geológicos.

Ahora bien, ¿Quién es el responsable de los problemas en este “planeta en rebelión”? La culpa de estos desastres no es de Dios. ¡Es de la humanidad! Deberíamos sentirnos humillados ante estos acontecimientos y acercarnos más a nuestro Creador — en lugar de acusarlo airadamente de injusticias.

— References:

Eardley, A. J. Kramer, *The Cause of Mountain Building — An Enigma*. American Scientist. Junio, 1957.

Hamilton, Victor. *The Book of Genesis— Chapter 1-17*. Grand Rapids: Eerdmans, 1990.

Jastrow, Robert. *Until The Sun Dies*. New York: Warner Books Inc. 1977.

Plumptre, E.H. *The Gospel According to St. Matthew*, Commentary by Ellicott's Commentary on

the Whole Bible, C. J. Ellicott. ed., Grand Rapids: Zondervan, Vol. VI. 1959.

Steidl, Paul. *The Earth, The Stars and The Bible* Phillipsburg, NJ. Presbyterian & Reformed, 1979.

Wallace, Alfred R. *The Geographical Distribution of the Animals*. New York: Harper Bros. Vol. 1 1876.

Willem, VanGemeren. *et. al. Dictionary of the Old Testament*

Theology and Exegesis. Grand Rapids: Zondervan, Vol. 2, 1997.

— Fuente:

<https://christiancourier.com/articles/why-do-natural-disasters-happen>